

# Entre tú y yo, Leonor, la guerra

IRIS M. ZAVALA  
Escritora

¿Es el arte una cuestión de formas? No. Se trata, ante todo, de una cuestión de sensibilidad e ideas; de la sublimación del arte. «De mar a mar entre los dos la guerra, / más honda que la mar [...] / La guerra dio al amor el tajo fuerte [...]» Comencemos por transitar por lo ya conocido. El contexto nacional e internacional de la guerra, nos pone de relieve las inquietudes políticas y culturales provocadas por la rápida modernización de Europa. Pero además, el mundo moderno se convierte en una incitante indagación ética, que debiera haber sido su legado para el siglo XXI. No cabe la menor duda de que las preocupaciones políticas eran éticas, formuladas una y otra vez por cada uno de los combatientes. La vieja noción de una ética de la escritura había recobrado vigencia entre los intelectuales extranjeros que participaron con su obra en aquella guerra, ya fuera como combatientes o como meros simpatizantes del bando republicano. Latinoamericanos, norteamericanos, franceses, ingleses, alemanes, italianos, rusos..., fueron el rostro visible de una impresionante toma de conciencia que se produjo en todo el mundo occidental, pues si algunos gobiernos no ayudaban a la República, los intelectuales respondieron al llamado ético.

No he de seguir transitando por lo conocido: las Brigadas Internacionales, el arte comprometido expresado en dos cumbres poéticas, *España en el corazón* y *España, aparta de mi este cáliz*; pero también el poeta-soldado, de Miguel Hernández, por ejemplo, sin olvidar a los surrealistas, a Hemingway, Orwell, Hugo Tomas, Malraux, Brecht, Octavio Paz..., entre tantos otros. Podríamos decir que la palabra poética se transforma en la pluma-fusil para los vanguardistas de todas las latitudes. La «llamada de España» al estallar la Guerra Civil se transforma en un acontecimiento que marca un antes y un después en el pensamiento y la obra del siglo pasado. Dejo de lado las artes plásticas y, no menos poderosas, las canciones populares, el ¡Ay, Carmela!, entre tantas otras que aún se cantan, el cine, la fotografía. Una buena síntesis se encuentra en el Congreso de Intelectuales Antifascistas que se celebró en España en 1937. Hoy no hay la menor duda: no existe otra guerra con un protagonismo tan fuerte de los intelectuales (quizá la Revolución cubana, de 1959). Este impulso ético lleva al historiador conservador Stanley G. Payne a sostener que aunque los republicanos perdieron la guerra, ganaron la batalla de la propaganda, y eso es toda una anomalía. Dije ética, que hunde sus raíces en el krausismo entre 1850-1880, una escuela estrictamente filosófica, sino un complejo movimiento intelectual, religioso y polí-

tico que agrupó a la izquierda burguesa liberal y propugnó la racionalización de la cultura española. Sus partidarios cultivaron en especial los temas de ética, derecho, sociología y pedagogía, y promovieron un vasto movimiento de educación popular que cuajó en la Institución Libre de Enseñanza. Más que una filosofía, el krausismo español fue un estilo de vida que sustituyó los supuestos tradicionales de la religiosidad española por una moral austera, el cultivo de la ciencia y una religión semisecularizada. Además, influyó extraordinariamente en los medios universitarios, y encontró una violenta oposición en los ambientes tradicionales, dando lugar a diversas y memorables polémicas y a las llamadas «cuestiones universitarias», con la separación de sus cátedras de varios profesores.

No repetiré una historia conocida, sólo quiero reconducir mi sugerencia por las vías de la ética. Antes, un paréntesis. José María Jover ha hablado de la triple crisis de estos años: económica, política e intelectual, protagonizada por los moderados, y una juventud intelectual ansiosa de sostener una teoría idealista y ética. Debo subrayar que la concepción liberal del mundo es inseparable del krausismo, lo que explica su difusión entre los liberales intelectuales. Lo más importante, para mi propósito, fue su actitud libre ante la búsqueda de la verdad, el sentido liberal de la tolerancia como base de la convivencia, su apertura al pensamiento europeo, así como su decidido afán por la libertad de la ciencia, su fe en la ética y, en consecuencia, en la regeneración del hombre a través de la educación, reforzada por la Institución Libre de Enseñanza y Francisco Giner de los Ríos, quien reafirmaba que, únicamente la educación, en un proceso lento pero seguro, conducirá a la transformación de España. Así pues, su centro irradiador es la concepción de la educación como actividad formadora de hombres y no sólo como transmisora de conocimientos; su concepción del hombre no en virtud de su condición de miembro de la sociedad, sino como un valor en sí mismo que merece respeto y consideración; y la concepción del niño como «proyecto de hombre» que debe ser respetado en su conciencia y no expuesto a las luchas ideológicas de la sociedad y, por tanto, la necesidad de neutralidad religiosa. A Nicolás Salmerón se debe la propuesta de una *ética civil* exigente, no mínima, válida para todos y a todos exigible; una ética de valores y virtudes cívicas capaz de hacer «hombres honrados de cuerpo entero» (Salmerón, 1902), y que ha de comenzar por practicar el filósofo en su vida. No es suficiente la especulación para ser filósofo cabal: el filósofo ha de probar también en el hecho de su vida la virtualidad de su pensamiento. Saber filosofar, por tanto, para saber vivir individual y colectivamente conforme a la dignidad de la naturaleza humana, porque en ella coincidimos todos. Ética independiente de la religión. Es pues una ética que apuesta por el cambio social. Con matices, éste será el trasfondo de la ética republicana, una ética ilustrada basada en la dignidad humana. La República fue obra de hombres y mujeres que soñaban con «civilizar» a España; fue pues trabajo para civilizar... y así lo hicieron hasta el último momento, con la Junta de Protección del Tesoro Artístico, que llegó a salvar monumentos del arte. «No lo olvides hijo, son los mejores del mundo»... escribió Max Aub en ese gran sexteto sobre la Guerra Civil que se llama *El laberinto mágico*... Su mirada como la de muchos otros se posa sobre un mundo y unos valores ya destrozados y maltrechos, y una ética apoyada en un sentido democrático, laico y antifascista..., enterrada para siempre. Que la Segunda República de las vanguardias fue obra de mujeres y hombres, y fue un pensar contra el fascismo. En 1936 con la Guerra Civil, y luego la Segunda Guerra Mundial, ya nadie puede ser neutro ante los crímenes y los exterminios. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos, escribe Marx en el *Dieciocho Brumario*. Tomémoslo en cuenta. Ética y estética indisolublemente unidas. Y así —y doy fe y testimonio— al sonido ronco, en el trasfondo de los ti-

ros, me contó Vicente Llorens, del Cuerpo de Inteligencia del Gobierno de la República, que dijo don Américo Castro: «Y nosotros que queríamos enseñarles sensibilidad». Oigamos estas palabras con el trasfondo del *Réquiem*, de Mozart: *réquiem por una cultura*. Fue esta actitud liberal ética, de valores y virtudes cívicas, la que conmocionó a los intelectuales y artistas del mundo occidental en 1936.

Los invito a un viaje al pasado; los llevaré por los sobresaltos e inquietudes que constituye toda vida humana. Iremos juntos por los momentos traumáticos de la historia reciente, la de ustedes y la mía, íntimamente ligadas por dos acontecimientos que han determinado nuestro presente: el llamado «desastre del 98» y la Guerra Civil Española. Hoy intentaré fijar el sentido de esta ruta por la cual los quiero llevar, y que se llama: de un discurso que no sería de la apariencia. Nuestro viaje aborda una ética, «estilo de vida», que decían los krausistas. Digamos que es una subversión en la función, en la estructura del saber; un saber al servicio del trabajo de civilizar –el arte, el único en la modernidad que le otorga un lugar al sujeto–. El exilio republicano de las vanguardias es heredero de un proyecto ético y laico, de aquella escritura surgida en una crisis de la sociedad occidental: la modernidad. Esta modernidad que exploro no puede en ningún caso convertirse en el instrumento de una adaptación del ser humano a la sociedad. Puesto que nació de un desorden del mundo, esta postura ética está de alguna manera condenada a vivir en el mundo pensando el desorden como un caos del orden simbólico. La escritura –sistema de citas, discurso entretejido con rasgos autobiográficos– invita a resolver, como la Esfinge con Edipo, el enigma de la condición humana. Se amonedan las palabras, para que las proezas no pierdan su lustre; se toma conciencia de que no existe ni una sola página, ni una sola palabra, que no postule el universo como atributo de la complejidad.

Si el pensamiento es una fuga en sí mismo, este proyecto, bajo el nombre de memoria nos permitirá intentar hacer ciertos señalamientos, localizaciones, descubrimientos; pienso en la reducción al silencio de esta memoria, y en la irrupción de la palabra para recomponer aquel acontecimiento traumático trágicamente enmudecido. No por azar he comenzado por enunciar algo que, espero, nos permita recuperar un mensaje ético. Me amparo en Bajtin y Lacan para desenredar nudos en torno a aquella ética –o una ética–, y a la memoria, me dejo llevar por la fuerza arrolladora del tiempo que nos conduce del presente al pasado, del futuro anterior a la memoria. Se trata de un legado y un duelo; con el siglo XX y la idea de modernidad que inició, se ha pasado definitivamente una página de la historia, con los cambios conceptuales y los grandes esquemas fundamentales que hemos conocido. La memoria no salda la deuda, sólo la hace presente, y ese simple hecho conmociona la existencia de las generaciones posteriores, cuestiona nuestro presente, construido sobre el olvido. Nos podemos engañar con nuestro presente, pero no la memoria de quienes recuerdan lo que esa lógica ha dado de sí.

Retomo la fecha de 1936, no sin repensar lo que es un *acontecimiento*; es un decir, pero no un decir superficial, no un momento de conocer; está en el efecto de lo que nos determina. Más nítido aún: el acontecimiento sólo se produce en el orden de lo simbólico; no hay acontecimiento sino de decir, en palabras de Lacan explicando al «acontecimiento» Freud. Prosigamos estas curvaturas, y establezcamos nuestro diálogo con Unamuno, el gran filósofo moderno, nuestro contemporáneo. Lo escucharemos con el trasfondo de la voz de Bajtin, que se resume en la máxima «en el ser no hay coartada»; ése es justamente el acto ético. Se trata de una responsabilidad, y el acto proviene del yo como centro arquitectónico, siempre orientado hacia el otro. Bajtin establece una coherencia entre el mundo de la cultura y el mundo de la acción humana; el mundo del acontecimiento, del acto que se rige por la responsabilidad. La vida humana es ese

acto único de autocreación que nos invita también a tomar en cuenta la carcoma de lo heterogéneo, a «escuchar» los antagonismos. El *acontecimiento* prefigura el futuro, y los textos se leen como *cartas de amor* a partir de una ética lectora entendida como un acto de *transferencia*; el saber leer dialógicamente significa encarar los síntomas sociales. Más claro aún: buscar el síntoma que los textos cercan, ese punto donde el sentido se vuelve impotente; buscar el síntoma tipo de todo acontecimiento de lo real invoca los nuevos sentidos que el campo social produce y mediante los cuales la subjetividad individual se transforma. Y todo en *retroactividad*, buscando aquel futuro anterior que todo texto articula, invitándonos –como lo había hecho Freud, y continúa Lacan– a describir el pasado para hacernos nuevos futuros; en este giro creador es imprescindible la política de la memoria. El acontecimiento indica que algo diferente e imprevisible se ha producido; es una interrupción anunciadora de un porvenir; mirar el abismo y crear las formas del futuro con una ética que divida las conciencias, que no busque armonías sino rupturas. Una ética que no ceda ante el deseo, ese imperativo ético lacaniano que representa Antígona. Lo dicho nos obliga a tomar riesgos con el deseo, y hemos de citar de nuevo a Lacan: «El deseo, lo que se llama el deseo basta para hacer que la vida no tenga sentido si produce un cobarde». Pero no insistiré más por ahora, tomo otra juntura, y retomo el camino de la memoria y del pasado.

Permítaseme ahora deslizarme por mis recuerdos, por mi historia familiar, por mi autobiografía, y recordar el mundo donde nací y la universidad que me abrió los ojos y me enseñó a dudar; una universidad que fue en mi país, las Españas, que decía Juan Ramón, producto de la lucha y proyecto al porvenir. Y volveré sobre esta universidad como *ritornello*. Aquí me bifurco por varios senderos, y comienzo: Nací entre dos guerras cruentas, la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Civil Española, que se inició el 18 de julio de 1936, día en que se rompe a pedazos la legalidad constitucional contra la Segunda República española, proclamada el 14 de abril de 1931; una opción ética, democrática, laica y renovadora en suelo español, como lo había sido antes la I República, de 1873. De pequeñísima, diminuta podría decir, mi hermano mayor, más bien mi único hermano, al que tanto debo, seguía los triunfos republicanos en un mapa de España que había en la pared de su habitación. No sabía hablar, pero miraba ese mapa, y desde entonces amo a España –entonces sólo un mapa– y con España aprendí a valorar una historia de triunfos y fracasos, y, claro, a los republicanos, de cualquier ideología o denominación que fueran, y el liberalismo que esta Segunda República española proclamada el 14 de abril de 1931 representaba; el liberalismo de las Cortes de Cádiz, con sus contradicciones; pero *liberal* etimológicamente significa *liber alles*, libertad de todos, en particular de reunión y de credo, fuera éste religioso o político. Con los años fui aprendiendo a distinguir entre anarquistas, comunistas, socialistas, liberales... Pero iré por imágenes, como el cine.

No repetiré un catálogo de nombres; es historia vivida, pasado siempre indemne a esa fragilidad propia de todo testimonio humano. A mis ojos infantiles y adolescentes, y ahora maduros, la conquista de estos mis héroes trágicos olvidados es una necesaria victoria ganada sobre la intolerancia. Intento rescatar e invocar el modelo de lo que fue pensable para una época dada, a partir de las categorías de percepción, de conceptualización y de expresión encargadas de organizar la experiencia colectiva e individual de todos nosotros. En el escenario de este teatro, sus rostros y sus voces y su escritura surgen como gladiadores ajenos a todos los lugares comunes y a todos los prejuicios. Todavía sus voces traen la peste contra este mundo mediático y strafalario trabado con la real inexorable. Repito una y otra vez que no es por nostalgia que los invoco, sino como testimonio de una identidad de la cual no tengo el deseo de privarme ni de privarlos. Esta ética es

nuestro patrimonio de saber; muchos de los personajes que recuerdo han sido amigos personales; otros, mis maestros directos o indirectos..., hablo de una universidad –la mía–, y aludo también a otras universidades latinoamericanas donde la variedad de discursos, la poliglosia y las diversas voces sociales expresaron sus puntos de vista y culturas. Con ellos y ellas hemos aprendido generaciones de latinoamericanos a pensar la sociedad y la totalidad del hecho social, desde una perspectiva ética, y nos llevaron –al menos a mí– a repensar más tarde cada una de las disciplinas y categorías como «nación», «cultura», y redefinirlas. A mí, y pienso específicamente en mi «Paco Ayala y Lucientes», uno de mis profesores en mi universidad puertorriqueña, me llenó de incertidumbres e interrogantes ricos en desafíos, con su palabra, su conversación y su escritura, continuada años después en Nueva York o en Madrid. Todos los maestros republicanos y liberales (en su diversidad) que rescato fueron y son grandes conversadores, tenían el arte de la palabra, fueron trabajadores de la palabra hablada y la palabra escrita. Tomaré ahora otro sendero, pues todos pueden leer las memorias de mi admirado amigo Llorens sobre este exilio, las de Ayala, los trabajos de José Luis Abellán, las compilaciones de los congresos sobre el exilio republicano celebradas en Puerto Rico y en Madrid, así como los estudios sobre el exilio, en México.

Pero no evoco aquella ética a la sombra de los pesimismos de este nuevo siglo que se ampara en la supuesta muerte de la historia, muerte de las ideologías, muerte del intelectual orgánico, en definición del gran comunista Antonio Gramsci... No la invoco como una vasija vacía, sino como una revalorización que nos libera del cómputo y el cálculo para anular todo el valor de mercancía de todas las cualidades humanas. No hay lápiz, sino su uso, y esta vanguardia tuvo una causa común, y la sensación de una motivación colectiva contra lo que mostraba ya sus fauces: el capitalismo triunfante, la acumulación infinita de la riqueza bajo la forma abstracta monetaria. No los evoco, pues, como ascéticos y quejumbrosos, sino como guerrilleros de la palabra y las ideas, que yo –joven bayadera– escuchaba, y así aprendí –lo sé ahora– a preguntarle a la esfinge, que siempre responde con interrogaciones. Aludo y recuerdo a las vanguardias –claro–, esas vanguardias desplazadas, despedazadas, pero con un sentido ético que nos (me) transmitieron. Ellos afianzaron mi temprano amor por la lectura, la búsqueda de la verdad, la integridad de lo que significa ser *intelectual*, a buscar el saber, como *trabajador de la palabra*..., son mi legado, y el de todos; uno por uno y cada uno de estos itinerantes forzados, ha dejado un legado trágico que la memoria histórica ha hecho desvanecer en el aire. Vuelvo a mi *ritornello*: no es nostalgia, sino una invocación a la ética. Y si evoco a todos estos maestros hoy, es porque estamos en deuda con todos ellos, y como eslabón en la cadena, siento el impulso de pasarles a ustedes esta convicción del discurso universitario para que lo continúen. Intento mostrarles las variaciones que estos maestros han experimentado en mi ser. Muchos yacen enterrados en su tierra americana de acogida, como mi gran maestro y amigo José Gaos, que hace mucho tiempo me enseñó la profunda diferencia que existe entre amar y querer, en aquellas tardes mexicanas que pasé en su casa en el Alto de los Pájaros, mientras hablábamos, más bien lo hacía él, de filosofía. Entre textos de Hegel, de Voltaire, de Heidegger, Gaos me regalaba su palabra, preciosa joya deslumbrante de sabiduría. Algunos yacen en suelo español, pero no ha quedado en el recuerdo la memoria de sus hazañas. Y recuerdo particularmente a Vicente Llorens, que hizo su viaje de regreso en la misma época que Ayala, en la década de los setenta..., o mi amigo y compinche Carlos Blanco Aguinaga –uno de los «niños» republicanos– con quien transgredimos Julio Rodríguez Puértolas y yo la historia oficial y canónica con una historia social de la literatura española (en lengua castellana) hace algunos años. Y aquí volvió también el gran filósofo e historiador de la filosofía, José Ferrater Mora –que fue también mi amigo–, cuya espléndida biblioteca tiene la Universidad de Girona.

Son miles estos héroes contemporáneos –porque sí son mis contemporáneos y los de ustedes, lo sepan o no lo sepan, que como Sor Juana Inés de la Cruz creo que no todo se sabe–. Pero sólo he mencionado a aquellos que me han formado, cuya voz todavía me inunda de vibraciones y de sabiduría. Retomo el hilo perdido y mi *ritornello*. La Segunda República y la Guerra Civil son *acontecimientos* que nos han marcado a todos en suelo español y en todo Occidente –pues se trató de un levantamiento militar contra un Gobierno republicano constituido democráticamente; y un acontecimiento es un decir, pero no un decir superficial, no un momento de conocer; está en el efecto de lo que nos determina. Más nítido aún: el acontecimiento no se produce más que en el orden de lo simbólico. Por tanto, repito una vez más, no es nostalgia lo que me hace recordarlos, sino retomar un acontecimiento, y un acto ético, una forma de estar en el mundo que forma parte de la ética republicana que recoge el pensamiento krausista, y las enseñanzas de la Institución Libre de Enseñanza..., aquel saber hacer a que he aludido, un saber que se transforma en sabiduría con el tiempo. Una ideología cotidiana –que diría otro gran Virgilio, Mijail Bajtin–, un estilo de vida, una forma de estar con el otro, de respetar al otro, que en nada se parece al multiculturalismo y al pluralismo actuales, que añaden otra voz mediante sus mecanismos de opresión. Y como siempre, paro en seco.

Permítaseme añadir un par de anécdotas para mostrarles esa sabiduría y ese saber que son nuestros. A mi admirado amigo Vicente Llorens le escuché más de una vez unas palabras estremecedoras; este gran maestro del liberalismo ético decimonónico fue un joven oficial del Servicio de Inteligencia en el Ejército de la Segunda República, y con Joan Corominas –el catalán universal del diccionario; sí, ese mismo, el autor de la obra máxima sobre las etimologías del castellano– se ocupaba de traducir los partes de guerra, dado el gran conocimiento de lenguas que tenían ambos jóvenes. Pero a Llorens le tocó cerrar la frontera ese malhadado día de 1939, en que las turbas fascistas conquistaban a sangre y fuego toda la Península, y ya cerrada aquélla, se escuchaba el ruido aterrador de ametralladoras y cañones. En eso, don Américo Castro, que había sido el director con Ramón Menéndez Pidal de lo que fuera con la República el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, al trasfondo de las bombas y balas, le dice a un compañero con enorme pesadumbre: «Y nosotros que queríamos enseñarles sensibilidad». No echemos en saco roto ese término: sensibilidad, es decir, ética, puesto que con la sensibilidad se obra para civilizar. Volveré para terminar sobre la relación entre el texto ético y el arte, recordando a María Zambrano: «[el grito de victoria] anunciaba la España del fracaso: la más noble tal vez, la más íntegra. La que forzosamente tuvo que fracasar, porque había ido más allá de su época, más allá de los tiempos».

Al científico catalán –también del exilio republicano– Juan Roura-Parella le escuché una estremecedora frase de don Antonio Machado (que también murió en el exilio). Otra vez la frontera: allí se encuentra aquel joven catalán, y le quiere dar paso al gran poeta andaluz. Éste lo mira con dolorosa serenidad y le dice: «No, pase usted, que a mí me espera la eternidad». El viejo poeta de *Campos de Castilla*, aquel que le escribió: «De mar a mar entre los dos la guerra, / más honda que la mar», daba paso a la juventud. Porque estos maestros y amigos, víctimas de aquella diáspora, eran entonces jóvenes que empalmaron con un pasado cultural e intelectual, y hemos de recuperar la gigantesca labor científica, literaria, artística y filosófica de éstos, mis maestros, nuestros maestros, que siguen siendo contemporáneos. Estos hombres y mujeres, pues es preciso subrayar que durante la Segunda República, y ya desde el krausismo y la Institución Libre, las mujeres tuvieron un lugar destacado en la vida intelectual y política, que el feminismo no lo inventamos ayer, y tiene una larga y honrosa historia desde el siglo XIX con socialistas, librepensadoras, anarquistas y comunistas. No es, pues, por nostalgia que invoco este coral de vo-

ces, esta polifonía de acentos; intento recobrar algo de historia oral, confiando que quede esculpida en la letra en las generaciones venideras que desconocen lo que es esta ética que invoco. No es pues nostalgia, sino el deseo de recuperar y retomar aquel proyecto ético que tuve el privilegio de conocer.